

para recordar que hay muchas formas de presentar la experiencia y los sufrimientos de un pueblo. A través de T. K. y de Kim Chi Ha podemos oír al pueblo coreano. Y está gritando.

D. J.

Traducción del inglés por *María Elena Vela*.

Jonathan Goldstein, *Philadelphia and the China Trade. 1682-1848. Commercial, Cultural and Attitudinal Effects*, The Pennsylvania State University Press, 1978.

El comercio entre Filadelfia, capital de los Estados Unidos después de la Independencia, y China durante los siglos XVIII y XIX es un tema que hasta ahora ha sido descuidado por los historiadores. El volumen de este tráfico puede medirse por el hecho de que a comienzos del siglo XIX gente de todas las clases sociales de Filadelfia disfrutaba de productos de lujo tales como porcelanas y té importados de Cantón, mientras que las telas de algodón de Nankín (Nankeen) habían llegado a ser de uso cotidiano en Estados Unidos.

El autor no sólo analiza la evolución del comercio chino y su impacto sobre la economía norteamericana sino que también examina los efectos que éste produjo sobre las actitudes de los norteamericanos. ¿Acaso este comercio que incluyó el tráfico de opio en China, creó en los norteamericanos de esa época un cierto racismo que se manifestaría posteriormente en el maltrato de los asiáticos y en la aprobación (en 1882) de la *Ley de exclusión de los chinos*, con la cual se detuvo la inmigración china a Estados Unidos?

Si bien en el período colonial hubo intercambios comerciales entre Filadelfia y China, los británicos, que trataban de impedir que los norteamericanos se introdujeran en su lucrativo monopolio, lo habían restringido severamente. Pero a partir de 1783, fecha en que se firmó la paz entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, recientemente independizados, se estableció un comercio directo entre esta nación y China. Este comercio se expandió con vigor. Protegidos por las tarifas del gobierno que daba privilegios a los importadores norteamericanos de productos cantonéses, estos intercambios cobraron un fuerte impulso. Por lo general las importaciones se pagaban con la exportación de ginsén que abundaba en los Apalaches. Las ganancias, que en ciertos casos llegaban a

un 25%, se reinvertían en Filadelfia y sus alrededores, en primer lugar en industrias vinculadas con dicho comercio, como la construcción de barcos y en instituciones financieras de apoyo. En segundo lugar se reinvertían en empresas industriales no relacionadas con la especulación de la tierra. Además parte de los beneficios se destinaban en forma de donativos a financiar obras públicas tales como el alumbrado eléctrico, nuevos caminos y escuelas.

Pero a medida que los intercambios se hacían más numerosos y el mercado chino para el ginsén se saturaba, surgió el problema de encontrar otra mercancía para pagar las importaciones chinas. Como en el caso de Gran Bretaña, el problema de la sustitución del metálico se resolvió por medio del opio. Como los británicos les impedían traficar con el opio en Bengala, los comerciantes norteamericanos encontraron su propia fuente en Esmirna, Turquía. Hacia 1807 los norteamericanos vendían en Cantón opio turco por un valor de entre 100 000 y 200 000 dólares anuales. A partir de 1815 los cargamentos se cuadruplicaron, pero si bien Inglaterra embarcaba por año casi veinte veces más opio que los americanos, la droga, que por crear adicción originaba una demanda cada vez mayor y que se vendía a un precio considerablemente alto, satisfacía la necesidad de los comerciantes de Filadelfia de poseer un recurso seguro para pagar los productos cantoneses.

Sin embargo, el gobierno chino comenzó muy pronto a reprimir el comercio del opio que no sólo debilitaba a la gente —sobre todo a la burocracia y al ejército— sino que además drenaba el metálico de China. Al igual que los comerciantes británicos, los norteamericanos se vieron muy presionados por esta campaña anti-opio, dirigida por el comisionado Lin Zexu, el cual llegó a Cantón en 1839. Cuando Lin confiscó las importaciones ilegales de opio los británicos reclamaron una compensación y declararon la guerra a China. Por su parte, los norteamericanos se presentaron como aliados y hermanos de los chinos, comprometiéndose a no vender opio. Siguieron adelante con su comercio legítimo pero además se apoderaron del de los británicos, lo cual les compensó ampliamente las pérdidas del tráfico del opio. Una vez que los británicos derrotaron a los chinos, el gobierno norteamericano envió una flota a Cantón y su comandante negoció con éxito todos aquellos privilegios que los británicos habían arrancado a los chinos en el tratado de Nankin. Sin embargo no pudo obtener la concesión de una colonia. Finalmente, en 1846, esos privilegios, incluyendo la extraterritorialidad, fueron incorporados en el tratado sino-americano de Wanghsia. Aunque durante la guerra los norteamericanos mantuvieron su promesa de abstenerse del tráfico de opio, años más tarde, sobre todo después de que los británicos

y los franceses obligaron a los chinos a legalizar el tráfico en 1858, expandieron enérgicamente su comercio de la droga.

Un puñado de comerciantes de Filadelfia denunció el tráfico de opio pero, como dice Goldstein, estaban muy adelantados a su tiempo:

En muchos aspectos, el tráfico del opio era una forma de negocio típica de la época y tenía un lado brutal que era común a otras empresas en las que muchos comerciantes estaban comprometidos al mismo tiempo.

El problema de la inmoralidad del comercio del opio y el problema general de la actitud de los americanos respecto a los chinos durante este período temprano de relaciones económicas preocupa en gran manera al autor. Aduce que, como resultado del comercio con China, los habitantes de Filadelfia pudieron tener acceso, a través de las obras de arte chinas, a una imagen del Oriente ofrecida por los mismos chinos, imagen que de ningún modo implicaba una "caracterización de inferioridad biológica o cultural". Del mismo modo considera que, si bien había quienes experimentaban un sentimiento antichino, por lo general los habitantes de Filadelfia en esa época los admiraban y, lo que es más, numerosos estudiosos incitaban a su país a adaptarse a muchos de los rasgos avanzados de la sociedad china y ponían el énfasis en el hecho de que "las relaciones comerciales entre Estados Unidos y China eran el mecanismo a través del cual podía realizarse este intercambio cultural". Pero si bien se puede aducir que la población de Filadelfia en general no experimentaba un notorio racismo hacia los chinos del otro extremo del mundo, no debemos confundir esta actitud con la de los comerciantes americanos. Goldstein escribe:

Si bien los traficantes de opio de Filadelfia explotaron a los chinos al iniciar y llevar adelante el tráfico de un veneno adictivo, los comerciantes norteamericanos consideraban que esa forma de tratar a los chinos era parte del "libre comercio" y no implicaba que los comerciantes hubieran asumido un punto de vista negativo sobre la raza y la cultura china.

Esta afirmación es tan deshonesto como mitificadora. Se podría preguntar si, en el caso de surgir una necesidad económica, los comerciantes norteamericanos hubieran querido o podido llevar adelante dicho tráfico en su propio país o, por ejemplo, en Gran Bretaña. No importa el hecho de si los comerciantes manifestaban abiertamente o no actitudes racistas, ni si percibían conscientemente que el tráfico de opio implicaba un punto de vista negativo acerca de la cultura china. Lo que sigue en pie es el hecho objetivo de

que detrás de conceptos legitimadores como el de "libre comercio" y dejando de lado las consideraciones morales, introdujeron a la fuerza la droga en China porque así podían maximizar las ganancias que obtenían vendiendo porcelanas, sedas y té a sus compatriotas. Que los norteamericanos de todas las clases sociales pudieran gozar de esos bienes suntuarios de ningún modo disminuía las perturbaciones que causaba a los chinos el tráfico del opio.

A pesar de que a veces el autor oculta tras una cortina de humo la naturaleza real del comercio norteamericano con China en el siglo XIX, este libro es útil porque revela que los principios liberales fundamentales de los recién independizados Estados Unidos de ningún modo impidieron a los comerciantes norteamericanos o a su gobierno comerciar con China. Si bien al principio encontraron algunas dificultades para introducirse en una área comercial dominada por sus antiguos amos coloniales, muy pronto los norteamericanos estuvieron en condiciones de entrar con éxito al lucrativo comercio de bienes suntuarios y financiarlo con el opio. De manera pragmática y oportunista, Estados Unidos se presentó como no-beligerante en la guerra del opio, mientras al mismo tiempo confiaba en la superioridad militar de los británicos para asegurar privilegios de los que ellos mismos llegaron a disfrutar. Al ser en el siglo XIX una potencia imperialista menor, la participación de Norteamérica en la agresión militar y económica contra China fue inferior y menos visible que la de Gran Bretaña, Francia y más tarde Japón y por eso se la ha descuidado muchas veces. De hecho, gracias a los *Tratados Desiguales*, los empresarios norteamericanos se beneficiaron tanto como los demás poderes imperialistas. Por ejemplo, el tratado de Pequín de 1860 firmado después de la Segunda Guerra del Opio, contenía una cláusula incluida especialmente a pedido del gobierno norteamericano que permitía la exportación de mano de obra china. Como consecuencia, se transportaban culíes chinos a Estados Unidos, en barcos norteamericanos, en condiciones tan terribles como las que se habían impuesto para el traslado de esclavos desde África. El siglo concluyó con un destacamento de caballería norteamericana cabalgando a través de la Puerta de la Paz Celestial en Pequín, como miembro de la fuerza imperialista de ocho naciones, enviada para sofocar el movimiento de los Boxers.

PAUL CLIFFORD

Traducción del inglés por *María Elena Vela*.